

Broslado, voce antiquata per *borlado*, s.m., ricamo, ornamento.

Fuerzas hechas, fortificazioni militari.
Cogedor, s.m., esattore.

Porné, forma arcaica per *pondré* da v. *poner*.

Jaspe, s.m., marmo, diaspro.
Estanteque, s.m., stagno.

Guano, s.m., verme.

y lo de las piedras, que no bastie juicio comprehendere con qué instrumentos se hiciese tan perfecto; y lo de pluma, que ni de cera ni en ningún broslado se podría hacer tan maravillosamente? El señorío de tierras que este Muteccuma tenía, no se ha podido alcanzar cuánto era, porque a ninguna parte, docientas leguas de un cabo y de otro de aquella su gran ciudad, enviaba sus mensajeros, que no fuese cumplido su mandado, aunque había algunas provincias en medio destas tierras, con quien él tenía guerra. Pero lo que se alcanzó, y yo dél pude comprehendere, era su señorío tanto casi como España, porque hasta sesenta leguas desta parte de Putunchan, que es el río de Grimalva, envió mensajeros a que se diesen por vasallos de vuestra majestad los naturales de una ciudad que se dice Cumatán, que había desde la gran ciudad a ella docientas y treinta leguas. En todos los señoríos destes señores tenía fuerzas hechas, y en ellas gente suya, y sus gobernadores y cogedores del servicio y renta que de cada provincia le daban, y había cuenta y razón de lo que cada uno era obligado a dar, porque tienen caracteres y figuras escritas en el papel que hacen, por donde se entienden. Cada una destas provincias servía, con su género de servicio, según la calidad de la tierra, por manera que a su poder venía toda suerte de cosas que en las provincias había. Era tan temido de todos, así presentes como ausentes, que nunca príncipe del mundo lo fue más. Tenía, así fuera de la ciudad como dentro, muchas casas de placer, y cada una de su manera de pasatiempo, tan bien labradas cuanto se podía decir, y cuales requerrían ser para un gran príncipe y señor. Tenía dentro de la ciudad sus casas de aposentamiento, tales y tan maravillosas, que me parecerá casi imposible poder decir la bondad y grandeza dellas. E por tanto no me poné en expresar cosa dellas, mas de que en España no hay su semejable. Tenía una casa poco menos buena que ésta, donde tenía un muy hermoso jardín con ciertos miradores que salían sobre él, y los mármoles y losas dellos eran de jaspe muy bien obradas. En esta casa tenía diez estanques de agua, donde tenía todos los linajes de aves de agua que en estas partes se hallan, que son muchos y diversos, todas domésticas; y para las aves que se crían en la mar eran los estanques de agua salada, y para las de ríos, lagunas de agua dulce; la cual agua vaciaban de cierto a cierto tiempo por la limpieza, y la tornaban a henchir por sus caños, y a cada género de aves se daba aquel mantenimiento que era propio a su natural y con que ellas en el campo se mantenían. De forma que a las que comían pescado se lo daban, y las que gusanos, gusanos, y las que maíz, maíz, y las que otras semillas más menudas, por consiguiente se las daban.

(*Carta de relación segunda*)

Bernal Díaz del Castillo

Dal cuore della Vecchia Castiglia – Medina del Campo –, dov'era nato nell'ultimo decennio del secolo XV, si trovò protettorato giovanissimo (1514) fra le selve dell'istmo di Panamá con la sciagurata spedizione di Pedrarias Dávila, l'assassino di Balboa (che aveva scoperto il Pacifico). Ma la bramata «fortuna» non esisteva in quella regione selvaggia, per cui alcuni (e Bernal con essi) abbandonarono Pedrarias per rifugiarsi a Cuba: donde l'avidio Velázquez li spedì due volte (due fallimenti) a una terra nuova che si sussurrava fosse molto ricca, lo Yucatán. Infine (1519) venne la terza volta: e Bernal visse la grandiosa, meravigliosa avventura della sua vita seguendo un colossale «piccoletto», Hernán Cortés, alla conquista di un vero impero, il Messico. Compiuta la quale, che si fa? Ferrigno contadino castigliano, Bernal non aveva la stoffa del capo; perciò finì con rassegnarsi a una sinecura, nel capoluogo provinciale di Guatemala, dove ebbe beni (modesti), casa e famiglia e – salvo un breve ritorno in Spagna nel 1560 – visse a lungo, fino al 1584 (?).

E che altro avrebbe potuto fare, nei lunghi decenni di ozio, in una appartata cittadina, se non leggere i non molti libri che poteva avere – a cominciare (come Don Chisciotte) dall'incomparabile *Amadigi* –, e soprattutto rievocare e raccontare senza mai stancarsi la fantastica avventura vissuta in persona, cioè «meglio di Amadigi»? I lettori e i critici della sua *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España* – rimasta inedita fino al 1632 (il manoscritto autografo si conserva tuttora a Guatemala) – sogliono meravigliarsi della stupefacente memoria del vecchio «di più di 84 anni, privo ormai della vista e dell'udito», come si fa vanto di essere fin dal prologo dell'opera: ma non pensano, in genere, alle centinaia di volte che quel racconto dovette essere ripetuto a viva voce, prima che scritto, a quanti – figli, nipoti, amici, vicini di casa – dovevano o volevano ascoltarlo. La spinta a scriverlo venne tardi e da uno stimolo esterno: il «panegirico» di Cortés fatto – in Spagna, lontano dai luoghi e tempi dell'impresa – da López de Gómara, che era stato cappellano del conquistatore. La vera storia della conquista (non la «storia» di Gómara!) doveva

dunque essere scritta: «gli eroici fatti e imprese che *facciamo* quando *conquistiamo* la Nuova Spagna *in compagnia* del valoroso e bravo capitano don Hernando Cortés...». Tutta la stizza del vecchio soldato mugugnatore sprizza fin dall'inizio – e nel corso intero – dell'opera. Il generale si è preso tutto, guadagni e gloria: ma se non ci fossimo stati noi soldati, che cosa avrebbe potuto fare? Tutte le (migliaia di) volte che Bernal dice *nos*, intende dire *io*; e talvolta anche lo dice chiaro: «e dico un'altra volta che io, io e io, lo dico tante volte, che io sono il più vecchio, e ho servito come ottimo soldato Sua Maestà, senza che nemmeno la Maestà Sua lo sapesse (*sin ser sabedor de ello*)!».

Questa vanteria infantile, da cadetto di Guascogna, ispira e anima la *vera storia* bernaliana: un racconto tutto parlato «a ruota libera», in 214 capitoli generalmente brevi, fittamente gremiti di particolari spesso superflui: tipici il cap. 23 con il catalogo minuzioso dei sedici cavalli che accompagnarono Cortés in Messico – sappiamo così, notizia storica capitale, che la «cavalla castana» del ricco Joan Sedeno parori un puledrino a bordo durante la traversata, il quale Sedeno si portava appresso un servo negro, ecc., – o il 126, col racconto della morte del «gran Montezuma» pianto a calde lagrime dagli... Spagnoli, a cominciare da Bernal che gli voleva molto bene! (e «honny soit qui mal y pense», perché quegli uomini di ferro non erano ipocriti).

Bernal era un contadino illetterato – «no soy latino», confessa (o si vanta?) nel prologo –; ma il suo castigliano scarruffato, pieno di pleonismi e di anacoluti, di pittoresche quissulite e polissità, è un delizioso, inartrabile impasto di ingenuità, furbetta e pignoleria, assolutamente singolare nell'intera letteratura spagnola.

Cómo nos dieron guerra e una gran batalla todos los caciques de Tabasco y sus provincias, y lo que sobrello sucedió

Ya he dicho de la manera y concierto que íbamos. Y topamos todas las capitánias y escuadrones que nos iban a buscar, y traían grandes penachos y arambores y trompetillas, y las caras almagra-das, blancas y prietas, y con grandes arcos y flechas, y lanzas y rodélas, y espadas como montantes de a dos manos, y muchas hon-das y piedra y varas tostadas, y cada uno sus armas colchadas de

algodón; y así como llegaron a nosotros, como eran grandes escuadrones, que todas las sabanas cobrían, y se vienen como rabinosos y nos cercan por todas partes, y tiran tanta de flecha y varas y piedra, que de la primera arremetida hirieron más de setenta de los nuestros, y con las lanzas pie con pie nos hacían mucho daño, e un soldado murió luego de un flechazo que le dieron por el oído, y no hacían sino flechar e heir en los nuestros, y nosotros, con los tiros y escopetas y ballestas y a grandes estocadas no perdíamos punto de buen pelear, y poco a poco, desde conos-cieron las estocadas, se apartaban de nosotros; mas era para flechar más a su salvo, puesto que Mesa, el artillero, con los tiros les mató muchos dellos, porque como eran grandes escuadrones y no se apartaban, daba en ellos a su placer, y con todos los males y heridos que les hacíamos no los podíamos apartar. Yo dije: «Diego de Ordaz, parésceme que podemos apeshugar con ellos, porque verdaderamente sienten bien el cortar de las espadas y estocadas, y por esto se desvían algo de nosotros, por temor dellas y por mejor tirarnos sus flechas y varas tostadas y tantas piedras como granizos». Y respondió que no era buen acuerdo, porque había para cada uno de nosotros trecentos indios; y que no nos podríamos sostener con tanta multitud; y así estábamos con ellos sosteniéndonos. Y acordamos de nos allegar cuanto pudiésemos a ellos, como se lo había dicho al Ordaz, para dalles mal año de estocadas, y bien lo sintieron, que se pasaron de la parte de una ciénega. Y en todo este tiempo, Cortés, con los de a caballo, no le venía, y aunque le deseábamos y remíamos que por ventura no le hobiese acaescido algún desastre. Acuérdome que cuando soltábamos los tiros, que daban los indios grandes silbos e gritos y echaban pajas y tierra en alto por que no viésemos el daño que les hacíamos, y tenían arambores y trompetillas e silbos y voces, y les decían: «Alala, Alala». Estando en esto, vimos asomar los de a caballo, y como aquellos grandes escuadrones estaban embebecidos dándonos guerra, no miraron tan de presto en ellos como venían por las espaldas, y como el campo era llano y los caballos buenos, y los caballos algunos dellos muy revueltos y corredores, danles tan buena mano y alancean a su placer. Pues los que estábamos peleando, desde los vimos, nos dimos tanta prisa, que los de a caballo por una parte y nosotros por otra, de presto volvieron las espaldas. E aquí creyeron los indios quel caballo y el caballero eran todo uno, como jamás habían visto caballos. Iban aquellas sabanas y campos llenos de ellos, y acogiéronse a unos espesos montes que allí había. Y desde los hobimos desparado, Cortés nos contó cómo no habían podido venir más pres-rato por amor de una ciénega, y como estuvo peleando con otros

Sabana, s.f., pianura, savana.

Pie con pie, molto vicino.

A su salvo, a loro agio.

Apechugar, v. affrontare.

Acuerdo, s.m., decisione, parere.

Allegar, v., avvicinarsi, accostarsi.

Ciénega, s.f., acquitrino.

Tiro, s.m., cannonata, cannone.

Monte, s.m., bosco.

Por amor de antiquano

Cacique, s.m., capo tribù, signore, feudatario, simili (voce caraibica).

Almagra, agg., tinto con ocra rossa (*almagra*, gre).
Varas tostadas, giavellotti con la punta indurita a fuoco.
Colchadas, imbozzite.



per *por mor de*, per causa di

Nuestra Señora de Marzo, si riferisce forse alla festa dell'Annunziazione di Maria.

Recardo, s. m., quantità.

Real, s. m., accampamento.

Vela, s. f., sentinella.

Rucio, agg., grigio pollaio.

Indino, agg., indegno.

escuadrones de guerreros antes que a nosotros llegasen. Y venían tres de los caballeros de a caballo heridos, e cinco caballos. Y después de apados debajo de unos árboles y casas que allí estaban, dimos muchas gracias a Dios por habernos dado aquella victoria tan cumplida, y como era día de Nuestra Señora de Marzo llamóse una villa que se pobló, el tiempo andando, Santa María de la Vitoria, así por ser día de Nuestra Señora como por la gran victoria que tuvimos. Aquesta fue la primera guerra que tuvimos en compañía de Cortés en la Nueva España. Y esto pasado, apretamos las heridas a los heridos con paños, que otra cosa no había, y se curaron los caballos con quemalles las heridas con unto de un indio de los muertos, que abrimos para sacarle el unto; y fuimos a ver los muertos que había por el campo, y eran más de ochocientos, y todos los más de estocadas, y otros de los tiros y escopetas y ballestas, y muchos estaban medio muertos y tendidos, pues donde anduvieron los de a caballo había buen recaudo de ellos muertos y otros quejándose de las heridas. Estuvimos en esta batalla sobre una hora, que no les pudimos hacer perder punto de buenos guerreros hasta que vinieron los de a caballo. Y prendimos cinco indios y los dos dellos capitanes, y como era tarde y hartos de pelear, y no habíamos comido, nos volvimos al real, y luego enterramos dos soldados que iban heridos por la garganta y otro por el oído, y quemamos las heridas a los demás y a los caballos con el unto del indio, y pusimos buenas velas y escuchas, y cenamos y reposamos. Aquí es donde dice Francisco López de Gómara que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado antes que llegase Cortés con los de caballo, y que eran los santos apóstoles Señor Santiago o Señor San Pedro. Digo que todas nuestras obras y victorias son por mano de Nuestro Señor Jesucristo, y que en aquella batalla había para cada uno de nosotros tantos indios que a puñados de tierra nos cegaran, salvo que la gran misericordia de Nuestro Señor en todo nos ayudaba; y pudiera ser que los que dice el Gómara fueran los gloriosos Apóstoles Señor Santiago o Señor San Pedro, e yo, como pecador, no fuese digno de lo ver. Lo que yo entonces vi y conocí a Francisco de Morla en un caballo castrano, que venía juntamente con Cortés, que me parece que ahora que lo estoy escribiendo se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra según y de la manera que allí pasamos. E ya que yo, como indio, no fuera merecedor de ver a cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí en nuestra compañía había sobre cuatrocientos soldados, y Cortés y otros muchos caballeros, y platicárase dello, y se tomara por testimonio, y se hobiera hecho una iglesia cuando se pobló la villa, y se nombrara la villa de Santiago de la Vitoria, o de San Pedro

de la Vitoria, como se nombró Santa María de la Vitoria. Y si fuera así como dice el Gómara, harto malos cristianos fuéramos que enviándonos Nuestro Señor Dios sus santos Apóstoles, no reconocer la gran merced que nos hacía, y reverenciar cada día aquella iglesia, y pluguiera a Dios que así fuera, como el coronista dice; y hasta que leí su coronica nunca entre conquistadores que allí se hallaron tal les oí. Y dejémoslo aquí, y diré lo que más pasamos.

(Verdadera historia de la conquista de Nueva España, XXXIV)

Coronista, s. m., cronista.